

## EL HUINCA

Mientras tejía, con la esperanza de abrigar a nuestros soldados, esperaba que pasaran noticias de las Islas por la radio. El tarareo de “tomando té de peperina...” sonaba acompasado por las agujas que iban y venían en el punto arroz. Por más que la prenda en construcción era color terracota, me era inevitable percibirla de un intenso celeste y blanco.

Estaba en mi burbuja, contraponiendo en mi mente la grasa de las capitales con el frío helado del archipiélago (al cual intencionaba paliar en nuestros combatientes), cuando el timbre del teléfono interrumpió el “te amo, te odio, dame más”.

¿Quién llamaría en horas de la siesta? Sobresaltada, dejé el tejido a un costado. Intuyo que fue en aquel momento cuando se soltó ese punto, que luego me costó tanto arreglar. Con paso rápido, mis pantuflas se desplazaron por el parquet hasta que finalmente tomé el auricular.

La voz de mi madre dio fin al enigma: mi abuela acababa de fallecer. Aquella mujer tan presente en nuestras vidas había dejado de existir. De complexión pequeña, uno no podía explicarse cómo podía caber en ese cuerpo semejante alma. Claro está que en cuestiones místicas (como las que a las almas se refiere) todo era posible, sin necesidad de atenerse a las leyes materiales de contenidos y continentes.

Luego de concertadas las formalidades informativas referentes al velatorio, presioné con mi dedo índice unos segundos la tecla para cortar la comunicación, manteniendo el tubo junto a mi cara. Acto seguido, marqué el número de mi hermano. Siempre me hipnotizaba el hecho de girar la rueda de números, mirando aquella otra rueda ilustrada por dentro de la letra “e”. Sentía que iba a caer hacia el vacío sin fin, como por un tubo de espirales.

El aroma a café impregnaba los ambientes. Pululaba gente vestida de negro por todos lados. Pasaban a mi lado y me saludaban, compungidos. Frases preestablecidas que a los dolientes no les cambian en lo más mínimo su sentir.

Mientras los demás entraban y salían de la habitación para despedirse, cumpliendo con las formalidades que ameritaba el caso, Ricardo y yo nos empecinamos en recordar.

Los dos habíamos asistido a velatorios y entierros de familiares de amigos, pero pensar en procesar lo de la abuela era muy distinto. La realidad, es que ella era muy distinta...

Mientras las abuelas de nuestros amigos tenían el rostro pálido surcado por arrugas y máculas, la nuestra era un contraste ambulante de cabello plateado y

tez oscura. Mientras las otras compraban aspirinas para tratar las dolencias, la nuestra nos daba un té de hierbas. Mientras que las otras pintaban cuadros o tejían, la nuestra regalaba vasijas. Mientras que las otras consolaban pesadillas, la nuestra las analizaba, intentando encontrar un significado oculto. ¡Hasta para asustarnos era original! Mientras todas hablaban del Coco o del Hombre de la bolsa, ella nos decía que teníamos que temerle al Huinca.

Las horas fueron pasando. La tarde fue cayendo. Los asistentes se fueron retirando.

Mientras nuestra madre y otras mujeres ordenaban, anunciando el final de la ceremonia, mi hermano y yo decidimos que era tiempo de entrar en esa habitación y decirle adiós.

A medida que nos adentrábamos, el aire se percibía más rancio y el ambiente más frío. Ella, tan pequeña, parecía hundirse en el colchón.

Ricardo tomó su mano, mientras las lágrimas brotaban de sus ojos. Yo no quise tocarla, ella ya no estaba ahí. Nos quedamos en silencio, mirándola, durante unos eternos minutos. Mi vista se detuvo en el cajón de la mesita de luz. Como imantada, tiré de la perilla para abrirlo.

Ahí estaban el inhalador (del cual se había vuelto dependiente en los últimos tiempos), sus pastillas de menta (de las cuales había sido dependiente desde que recuerdo), sus pañuelos, algunos impuestos por pagar. En el fondo de todo, un sobre amarillento me llamó la atención. Intrigada, lo tomé y saqué un papel añejo de su interior. Vaya uno a saber cuándo habría recibido esa carta mi abuela. Desplegué la hoja con mucho cuidado y, a medida que iba descifrando la tinta esfumada, comencé a leer en voz alta, sacando a mi hermano de su ensimismamiento:

*“Querida hija:*

*La tuberculosis está haciendo estragos en mí. Percibo inminente mi partida. Es por esto que he decidido dejar plasmado en este papel tu verdadero origen. Mientras nosotras hablamos diariamente de cosas mundanas, haciéndonos las distraídas con respecto al inevitable desenlace, mi conciencia se tranquiliza sabiendo que conocerás tus raíces.*

*Mis recuerdos son muy vagos. Puedo evocar sólo lo que parcialmente le es posible retener en su memoria a una niña pequeña.*

*Me veo en la casa, en un descanso después de jugar al palín con mis hermanos. Mi madre, preparando los alimentos, con cuidado de no rozar su chamal con las brasas. Todo sucede como de costumbre, hasta que se oye el trote de una tropilla acercándose velozmente a nuestra comunidad.*

*En ese instante todo empieza a esfumarse. Recuerdo a mi padre entrando en la casa, intentando alcanzar sus boleadoras, al tiempo que un soldado blandió su sable y terminó con su vida. El humo que emanaba del techo incendiándose*

*confundió la escena, pero los desgarradores gritos combinados con el ruido de los rifles, pudo darme una idea del destino de los demás.*

*A pesar de las dificultades para permanecer despierta, logro evocar el extendido escarlata contrastando con el hollín, mientras me llevaban a rastras.*

*El huinca, de quien tanto me habían hablado, se hacía finalmente presente. Que no intenten engañarte. Aquello no era ningún desierto: eran nuestras tierras.*

*Desgarrador es saber que quienes me criaron fueron los mismos que asesinaron a mi gente...”*

A una década de aquel día, me encuentro hoy con mi hija. Sosteniendo un chocolate en rama, sus ojos oscuros y curiosos no se alejan del paisaje nevado.

Yo no puedo quitar mi vista de la estatua que emerge de ese suelo pintado con pañuelos blancos, prometiendo recuperar un poquito de lo perdido.

Escucho tu voz. Escucho sus voces en el viento.